

Georg Simmel o la actualidad de lo anfibio

*Todas las cosas sometidas a un proceso
incontenible de mezcla y contaminación pierden
lo que es su expresión esencial, de modo que lo
ambiguo ocupa actualmente el lugar de lo auténtico;
esto le está sucediendo a la ciudad*

Walter Benjamin¹

Psicología y etnografía de la música inicia la serie de escritos del autor multifacético del ensayo que nos convoca. Las reacciones que este primer texto suscitó nos parecen hoy premonitorias: rechazo en el seno de la élite académica, reconocimiento «por parte de las mentes más lúcidas». ² En efecto, la precaria condición institucional que acompañó a Simmel a lo largo de toda su vida no impidió que su nombre se convirtiera en cita obligada de quienes se sentían interpelados por las más diversas manifestaciones del espíritu. Nacido en Berlín en 1858 en el seno de una familia judía convertida al cristianismo, hubo de soportar, no obstante, que lo acusaran de «típico israelita» y lo discriminaran por su presunta condición de judío. ³

1. W. Benjamin, «Calle de dirección única», en *Obras*, libro IV, vol. 1, trad. José Navarro Pérez, Madrid, Abada, 2010, p. 40.

2. E. Vernik, *Simmel. Una introducción*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional/Quadrata, 2009, p. 15.

3. D. Frisby, *Georg Simmel*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014, p. 48. También F. Gil Villegas recuerda: «Pese a ser bautizado en la fe luterana y no haber sido jamás un judío practicante, Simmel se vio

Habiendo soportado los avatares de una carrera docente trunca, Simmel se nos antoja un anfibio capaz de respirar el aire de la academia sin dejar de moverse y oxigenar ámbitos marginales a ella. Esta cualidad de anfibio se lee en filigrana en sus escritos. Con destreza similar escudriña los vericuetos de la moda y bucea en los mares de la filosofía de la historia tanto como se detiene en las intuiciones metafísicas de la vida, atreviéndose a lecturas díscolas de Schopenhauer y Nietzsche.

Hizo gala del *tratado* y, sin disimular sus rodeos —plasmados en un sinfín de digresiones—, perseveró en el espíritu de dar cuenta de «la cosa misma» que lo inquietaba. Se detuvo obsesivamente en los detalles con el afán de iluminar alguna porción de la totalidad social. Dejó un conjunto de aforismos que, encriptados, continúan siendo leídos y descifrados. Dio vitalidad al ensayo como forma de exponer la verdad que reclama los mismos derechos y encierra iguales pretensiones de legitimidad que el género académico. Habló sobre la música, el sentimiento religioso, la pedagogía, del *Urphänomen* en Goethe y las configuraciones espirituales a propósito de Rembrandt; escribió sobre el dinero, la conversación, el secreto, la seducción, el ver, la lucha, el pobre, el extranjero, sin desatender en cada caso lo que erigió como objeto de su sociología: las formas de afectar y ser afectado que se producen en las interacciones sociales. Quizás haya que buscar en la heterogeneidad de aquello que hizo objeto de su mirada la respuesta a esta versatilidad estilística.

Que en nuestros días se lo reconozca un «clásico tardío» de las ciencias sociales y la sociología⁴ parece no haber sido

obligado a soportar epítetos y discriminaciones por su origen judío». (F. Gil Villegas, *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeigeist de la modernidad (1900-1929)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 105).

4. G. Zabłudovsky y O. Sabido, «Estudio introductorio», en G. Simmel,

obstáculo para que autores como Émile Durkheim y Max Weber (que, junto a Karl Marx, son los padres de la disciplina) dedicaran tiempo, el primero a comentarlo y traducirlo, y el segundo a ponderar su producción teórica. Así, mientras Durkheim lo invitaba a publicar en *L'Année Sociologique*, hacía una reseña de *La filosofía del dinero* o un comentario crítico al texto temprano *La persistencia de los grupos sociales*,⁵ Weber le dedicaba las siguientes palabras:

Al evaluar la obra de Georg Simmel, las respuestas personales prueban ser altamente contradictorias. Por un lado, uno está obligado a reaccionar a las obras de Simmel desde un punto de vista exageradamente antagónico. De manera particular, los aspectos cruciales de su metodología son inaceptables. Sus resultados sustantivos deben ser vistos demasiado frecuentemente con reservas, y no es raro que deban ser rechazados

Sociología: estudios sobre las formas de socialización, México, Fondo de Cultura Económica, 2014, p. 15.

5. Hacia 1889 Durkheim traduce el texto de Simmel titulado «La persistencia de los grupos sociales», que recibirá una fuerte crítica por parte del padre de la sociología francesa en el texto de E. Durkheim, «El ámbito de la sociología como ciencia», (publicado en *Revista Sociológica*, año 17, n.º 50, pp. 179-200, septiembre-diciembre de 2002, México, UAM). Los vínculos entre él y Simmel estarán mediados por Célestin Bouglé, quien conocía a Simmel desde 1894, momento en que traduce el artículo «El problema de la sociología» para su publicación en la *Revue de Métaphysique et de Morale* de ese mismo año. Acerca de las vicisitudes de este encuentro puede verse también Patricia Gaytán, «Émile Durkheim y Georg Simmel: un encuentro no planeado», en *Revista Sociológica*, año 17, n.º 50, pp. 171-177, septiembre-diciembre de 2002. Durkheim cita a Simmel por primera vez en 1887, y luego se referirá críticamente a la *Über soziale Differenzierung* en su tesis doctoral *De la division du travail social*, defendida en 1893. Respecto de la relación entre Simmel, Durkheim y Buglé, ver C. Papilloud, «Simmel, Durkheim et Mauss. Naissance ratée de la sociologie européenne», en *Revue du Mauss*, 2002/2, n.º 20, pp. 300-327.

radicalmente. Por lo demás, su modo de exposición se antoja a veces muy extraño y a menudo no podemos por lo menos congeniar con él. Pero por otro lado, uno se encuentra absolutamente obligado a afirmar que su exposición es simplemente brillante y, lo que es más importante, alcanza resultados intrínsecos imposibles de lograr por algún imitador. A decir verdad, prácticamente cada una de sus obras abunda en ideas teóricas importantes y novedosas, así como en observaciones de lo más sutiles. Casi todas sus obras son de esa especie de libros donde no sólo los resultados válidos, sino también los falsos, proporcionan tal riqueza de estímulos para el desarrollo del pensamiento propio que, comparada con ellos, la mayoría de incluso los más preciosos logros de otros académicos parecen despedir continuamente ese olor peculiar a estrechez y pobreza. Esto es válido también para sus fundamentos epistemológicos y metodológicos y, de nuevo, eso es doblemente cierto justo donde quizás no son en última instancia defendibles.⁶

Esta apreciación de Weber logra transmitir esa ambivalencia que torna inquietante su obra. Sin embargo, el rango institucional que logró Simmel no hace justicia a la gravitación que sus ensayos tuvieron sobre los pensadores contemporáneos. Desde 1885 se desempeñó como *Privatdozent* de la Universidad de Berlín. No gozaba luego de un salario fijo, sino que sus ingresos dependían de la cantidad de asistentes, los que, por fortuna, fueron muchos. En 1901 fue nombrado *Ausserordentlicher Professor* (profesor auxiliar), posición académica mal remunerada e inestable. Deberá esperar a 1914 para obtener una plaza como profesor ordinario de la Universidad de Estrasburgo, plaza que ocupa en una coyuntura delicada, pues ya había comenzado la Primera Guerra Mundial, y algunas universidades, como

6. M. Weber, «Simmel como sociólogo» en *Revista Sociológica*, año 1, n.º 1, primavera 1986, México, UAM.

era este el caso, servían como hospitales.⁷ En 1915, tres años antes de su muerte, solicitará su ingreso a la Universidad de Heidelberg, que le será denegado, como sucediera en oportunidades anteriores.

Estos desencuentros con el *establishment* académico lo obligarían —como señala Daniel Mundo— «a colaborar con asiduidad en revistas culturales y periódicos. Esta práctica lo entrenó en una escritura no académica, y además lo obligó a interesarse en un arco vastísimo de temas».⁸ La frágil posición alcanzada en la enseñanza formal contrasta en Simmel con una producción prolífica y con la activa participación en circuitos intelectuales locales y en revistas de alcance internacional. La incidencia de sus vastas reflexiones ha llevado, así, a que algunos autores lo consideren como *Herr Zeitgeist*, o encarnación del espíritu de su época.⁹ Tenía unas «membranas extraordinarias para captar» todo lo que sucedía en su entorno, dice Habermas, quien agrega: «Simmel fue más un incitador que un sistemático, más un intérprete de la época que filosofaba en clave de ciencia social que un filósofo y un sociólogo sólidamente arraigado en el establecimiento científico».¹⁰

La añoranza de figuras con semejantes membranas vuelve imprescindible hoy la relectura de uno de sus textos emblemáticos. Cuando la tendencia a la especialización parece ser irreversible, la confusión de disciplinas que en él se con-

7. Ver G. Simmel, «Cronología de la vida de Simmel» en *Cuestiones fundamentales de sociología*, Barcelona, Gedisa, 2002, p. 145.

8. D. Mundo, «Simmel. La contraluz de la claridad moderna» en G. Simmel, *El secreto y las sociedades secretas*, Madrid, Sequitur, 2010, p. 12.

9. F. Gil Villegas, *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeigeist de la modernidad (1900-1929)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 116.

10. J. Habermas, «Epílogo: Georg Simmel como intérprete de la época» en G. Simmel, *Sobre la aventura. Ensayos de estética*, Barcelona, Península, 2002, p. 425.

suma propicia la iluminación de nuestros propios puntos ciegos. Sus preguntas, a su vez, sin emanar de nuestro presente contribuyen, no obstante, a problematizarlo. Emular la resistencia a respuestas totalizantes sin renunciar a dar cuenta de la mediación de la sociedad en la configuración de la verdad es una de las tantas recomendaciones que esperamos poder extraer de él.

La vitalidad de Simmel

A la vida vibrante, incesante, que no conoce fronteras, del alma, alma en algún sentido creadora, se le opone su producto fijo, idealmente instintivo, y esto con el inquietante efecto retroactivo de inmovilizar aquella vivacidad, más aún, de petrificarla; a menudo es como si la movilidad productora del alma muriera en su propio producto

Georg Simmel¹¹

Por fortuna, no siempre las creaciones del espíritu mueren en el producto creado. A menudo ocurre que la finitud de las innovaciones individuales es desafiada por su supervivencia, dando lugar y movimiento a la cultura. La obra de Simmel, en vida, traspasó con éxito las fronteras territoriales e idiomáticas para encontrar acogida en distintos continentes. Los autores de la denominada Escuela de Chicago, en especial uno de sus precursores, Albion Small, tentaría a Simmel con el ofrecimiento de un cargo como profesor de sociología de la Northwestern University.¹² También Robert

11. G. Simmel, «El concepto y la tragedia de la cultura», en *Sobre la aventura*, Barcelona, Península, 2002, p. 325.

12. Simmel, no obstante, declinaría la invitación realizada por su colega en 1892-1893. Ver E. Vernik, «Georg Simmel y la idea de nación. Una conversación con Otthein Rammstedt» en *REIS. Revista Española de In-*

Park y Stanley Hall estrecharían vínculos con su obra. Estos intercambios dejarían rastros en las perspectivas del interaccionismo simbólico, la etnometodología, la microsociología y las «teorías del conflicto». Un capítulo relevante en esta saga lo constituye el diálogo que, desde 1911, el sociólogo alemán mantendrá con Henri Bergson, una de las figuras más prominentes del vitalismo francés.¹³

Menos conocida y explorada es, quizás, la impronta que sus reflexiones dejaron en el ruso Mijail Bajtin (e incluso en Bujarin).¹⁴ Un error de transliteración puede explicar de modo parcial este olvido: en la versión castellana de *Problemas de la poética en Dostoievski*, la referencia en las primeras páginas de Bajtin a la edición rusa del Goethe de «Zimmel» ayuda a que su huella pase desapercibida.¹⁵ La Escuela de Marburgo, de la que Simmel, reconocido neokantiano, era próximo, hizo mella en el grupo comandado por Bajtin e integrado por Medvédev y Volóshinov.¹⁶ En *El*

investigaciones Sociológicas, n.º 137, pp. 151-162, enero-marzo 2012, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

13. A Bergson estará dedicado el libro póstumo de Simmel titulado *Zur Philosophie der Kunst* (Potsdam, 1921). Cf. V. Jankélévitch, *Georg Simmel, filósofo de la vida*, Barcelona, Gedisa, 2007, p. 33.

14. A este respecto B. Craig afirma que Bujarin sostiene que la sociología «formula (...) un método para la historia» [énfasis en el original], una afirmación que no sólo recuerda el metodologismo de la escuela de Marburgo, sino que directamente repite los principios fundacionales de la *Soziologie* (1908) de Simmel, a los que se refiere repetidamente de manera afirmativa». Cf. B. Craig, *El marxismo y el nuevo giro ético*, en <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-14/el-marxismo-y-el-nuevo-giro-etico>.

15. Se trata de la edición aún no corregida de Fondo de Cultura Económica. Agradezco a mi amigo y traductor del ruso, Alejandro González, por advertirme sobre este dato. Cf. M. Bajtin, *Problemas de la poética de Dostoievski*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 48.

16. B. Craig afirma: «La temprana obra ética de Bajtin recibió la decisiva influencia de la escuela de Marburgo, de Simmel y Scheler, a

marxismo y la filosofía del lenguaje, de este último, la alusión a Simmel es explícita; allí se reconoce la «fineza» y el carácter «interesante» de sus observaciones en torno a la personalidad, el «psiquismo y la ideología». También sabemos, a través de la pluma de Volóshinov, que el ensayo «Tragedia de la cultura» y el libro *Conflictos de la cultura contemporánea*, además de Goethe y del texto sobre Miguel Ángel, se encontraban disponibles en lengua rusa hacia 1911-1912 y 1923 respectivamente.¹⁷

En torno a su figura se congregaban personalidades tan diferentes como relevantes: Edmund Husserl, Hans Vaihinger, Auguste Rodin, Ernst Cassirer, Heinrich Rikert, Ernst Troetsch, Marianne y Max Weber, Alfred Weber, Karl Mannheim, Martin Buber, Stefan George, Rainer Maria Rilke, Lou Andreas-Salomé, y la nómina no se interrumpe.¹⁸ Esta circunstancia llevó a estudiosos del campo intelectual alemán, como Ringer, a afirmar: «Sombart, Simmel, Wiese y Alfred Weber fueron individuos de talento insólito. Simmel, Wiese y Weber estuvieron con los modernistas radicales, el segmento más creativo de la comunidad de los mandarines [...]. De los cuatro, Simmel fue ciertamente el más coherente y sistemático a la hora de presentar sus ideas».¹⁹

quienes combinó de manera particular. Ello originó su fragmentaria “filosofía del acto”, en la que la “conciencia responsable” ponía en relación los reinos de la vida y la cultura de manera única e irreplicable en cada contexto». Ver B. Craig, *El marxismo y el nuevo giro ético*, en <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-14/el-marxismo-y-el-nuevo-giro-etico>.

17. Ver V. N. Volóshinov, *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Godot, 2009, p. 72.

18. Ver E. Vernik, «Prefacio» en G. Simmel, *Cuestiones fundamentales de sociología*, Barcelona, Gedisa, 2002, p. 12.

19. F. K. Ringer, *El ocaso de los mandarines alemanes. Catedráticos, profesores y la comunidad académica alemana, 1890-1933*, Barcelona, Pomares-Corredor, 1995, p. 255.